



La balsa de piedra, 17

Mijaíl Bulgákov
Los huevos fatídicos

 mármara

Título original: Поковые яйца

Primera edición: septiembre de 2021

© 2021 de la traducción: Marta Sánchez-Nieves

© 2021 de esta edición: Mármara Ediciones

www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Moreno

Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Kadmos

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-122458-4-4

Depósito legal: M-24079-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CAPÍTULO I

CURRICULUM VITAE DEL PROFESOR PÉRSIKOV

La tarde del 16 de abril de 1928 Pérsikov, profesor de zoología del Instituto Estatal n.º 4 y director del Instituto de Zoología de Moscú, entró en su despacho, situado en el Instituto de Zoología de la calle Herzen. El profesor encendió el globo mate del techo y miró a su alrededor.

El principio de la espantosa tragedia hay que situarlo precisamente en esta tarde aciaga, al igual que debemos considerar causante primero de la tragedia precisamente al profesor Vladímir Ipátievich Pérsikov.

Tenía exactamente cincuenta y ocho años. Una cabeza prodigiosa, en forma de mano de mortero, calva, con mechones de pelo amarillento que le sobresalían por los lados. La cara afeitada y lisa, el labio inferior adelantado. Por eso la cara de Pérsikov siempre daba cierta impresión de capricho. Sobre la nariz colorada, unas pequeñas gafas de montura

plateada y pasadas de moda, ojos brillantes, pequeños; era de estatura grande, ligeramente encorvado. Hablaba con voz rechinante, fina, chillona, y entre otras rarezas tenía esta: cuando contaba algo con convicción y seguridad, entornaba los ojos y el dedo índice de la mano derecha se convertía en un gancho. Y puesto que siempre hablaba con seguridad, pues la erudición en su campo era realmente formidable, el gancho aparecía con mucha frecuencia ante los ojos de los interlocutores del profesor Pér-sikov. Y de fuera de su campo, es decir, de zoología, embriología, anatomía, botánica y geografía, el profesor casi no decía nada.

El profesor no leía periódicos, no iba al teatro; la mujer del profesor lo había abandonado en 1913 por un tenor de la ópera de Zimín, dejándole una nota con este contenido:

Tus repugnantes ranas me provocan escalofríos insoportables. Por su culpa seré desgraciada toda mi vida.

El profesor no volvió a casarse y no tenía hijos. Le daban ataques de cólera, pero no era rencoroso, le gustaba el té con moras de los pantanos, vivía en Prechístenka, en un piso de cinco habitaciones, una de ellas ocupada por una viejecita seca, la gobernanta Maria Stepánovna, que miraba por el profesor como una niñera.

En 1919 al profesor le quitaron tres de las cinco habitaciones. Entonces anunció a Maria Stepánovna:

—Si nadie pone fin a este despropósito, Maria Stepánovna, me marcharé al extranjero.

No hay duda de que, si el profesor hubiera llevado a cabo ese plan, le habría sido muy fácil colocarse en una cátedra de Zoología de cualquier universidad del mundo, pues era realmente un científico de primera clase, y en el campo que de una u otra forma atañe a los anfibios, o batracios, no tenía igual, a excepción de los profesores William Weckel, en Cambridge, y Giacomo Bartolomeo Beccari, en Roma. El profesor leía en cuatro lenguas, además de en ruso, y hablaba el francés y el alemán como si fueran su lengua materna. Pérsikov no llevó a cabo su intención respecto al extranjero y 1920 fue incluso peor que 1919. Ocurrieron varias cosas, una tras otra. La calle Bolshaia Nikítskaia se convirtió en la calle Herzen. Después el reloj grabado en un muro de la casa en la esquina de Herzen con Mojovaia se paró a las once y cuarto. Y, para rematar, en los terrarios del Instituto de Zoología, al no poder soportar todas las perturbaciones de un año tan señalado, primero sucumbieron ocho ejemplares magníficos de ranitas de San Antonio, después quince sapos comunes, y, para terminar, un ejemplar excepcional de sapo de Surinam.

Inmediatamente después de los sapos, que despoblaron ese primer orden de herpetos desnudos —que, hablando con exactitud, recibe el nombre de anuros—, pasó a mejor vida el constante guarda

del instituto, el viejo Vlas, no incluido en la categoría de los herpetos desnudos. La causa de su muerte fue, por otra parte, la misma que la de los pobres batracios, y Pérsikov la identificó enseguida:

—¡Escasez de alimentos!

El científico estaba en lo cierto: a Vlas había que alimentarlo con harina y a los sapos, con gusanos de la harina, pero, como faltaba la primera, pues desaparecieron también los segundos. Pérsikov intentó pasar a los veinte ejemplares de ranitas de San Antonio que quedaban a la alimentación con cucarachas, pero también las cucarachas se esfumaron, tras haber demostrado su malvada relación para con el comunismo militar. Y así, también hubo que arrojar los últimos ejemplares a los pozos negros del patio del instituto.

No hay forma de describir cómo afectaron estas muertes a Pérsikov, en especial la del sapo de Surinam. Por alguna razón, consideraba que el único culpable de esas muertes era el entonces comisario del pueblo de Instrucción.

Con el gorro y los chanclos puestos, en el pasillo del instituto helado, Pérsikov le decía a su ayudante Ivanov, un caballero muy fino de barbita puntiaguada de color castaño claro:

—¡Todo esto es por culpa de ese, Piotr Stepánovich! Matarlo no sería suficiente, no. ¿Ve lo que están haciendo? ¡Van a destruir el instituto! ¿No lo

ve? Un macho sin igual, un ejemplar único de *Pipa americana* de trece centímetros de largo...

Después fue a peor. Con la muerte de Vlas las ventanas del instituto se congelaron por completo y unas flores de hielo se aposentaron en la superficie interior de los cristales. Sucumbieron los conejos, los zorros, los lobos, los peces y hasta la última culebra. Pérsikov empezó a callar días enteros, después enfermó de pulmonía, pero no murió. Cuando hubo recobrado la salud, volvió al instituto dos veces a la semana y en la sala circular, donde siempre había cinco grados bajo cero —por alguna razón no variaba— independientemente de los grados que hubiera en la calle, exhalando vapor blanco, daba clases con los chanclos, el gorro con orejeras y el tapabocas puesto a los ocho estudiantes del ciclo de conferencias «Reptiles de zona cálida». El resto del tiempo Pérsikov lo pasaba tumbado en su diván de Prechístenka, en un cuarto repleto de libros hasta el techo, bajo una manta de cuadros, tosía y miraba la boca de la estufilla de hierro, que Maria Stepánovna encendía con sillas doradas, y recordaba al sapo de Surinam.

Pero en este mundo todo se acaba. Se acabaron 1920 y 1921, y en 1922 empezó cierto movimiento regresivo. En primer lugar, en el puesto del difunto Vlas apareció Pankrat, un guarda de zoológico todavía joven, pero esperanzador; poco a poco el instituto empezó a calentarse. Y en verano Pérsikov,

con ayuda de Pankrat, atrapó en el río Kliazma catorce sapos vulgares. En los terrarios volvió a bullir la vida... En 1923 Pérsikov ya daba clase ocho veces a la semana, tres en el instituto y cinco en la universidad; en 1924 eran trece a la semana y, además, en las facultades obreras. Y en la primavera de 1925 se hizo famoso porque en sus exámenes dio calabazas a setenta y seis estudiantes, y a todos en el tema de los herpetos desnudos.

—¿Cómo? ¿No sabe en qué se diferencian los batracios de los reptiles? —preguntaba Pérsikov—. Eso es ridículo, joven. Los batracios no tienen riñones pélvicos. No están ahí. Así es, señor. Debería darle vergüenza. Supongo que es usted marxista, ¿no?

—Sí —respondió sin fuerzas el suspendido.

—Pues haga el favor de volver en otoño —dijo Pérsikov con educación y le gritó animado a Pankrat—: ¡Que pase el siguiente!

Igual que los anfibios reviven con la primera lluvia abundante tras una larga sequía, así revivió el profesor Pérsikov en 1926, cuando una empresa conjunta ruso-americana construyó en el centro de Moscú, empezando por la esquina de la travesía Gazetny con la calle Tverskaia, quince casas de quince plantas, y en las afueras trescientas casitas para obreros, cada uno con ocho pisos, que pusieron fin de una vez y para siempre a la terrible y absurda crisis de vivienda que tanto torturó a los moscovitas en los años 1919-1925.

En general, fue un verano magnífico en la vida de Pérsikov y alguna que otra vez se frotaba las manos con una ligera risilla de satisfacción al recordar lo apretados que habían estado Maria Stepánovna y él en solo dos habitaciones. Ahora al profesor le habían devuelto las cinco, se había expandido, había distribuido los dos mil quinientos libros, las piezas disecadas, los diagramas y los preparados; podía encender la lámpara verde de la mesa del despacho.

También el instituto estaba irreconocible: lo recubrieron con pintura de color crema, por una tubería especial llevaron agua hasta el cuarto de los herpes, sustituyeron dos cristales por unos de espejo, recibieron cinco microscopios nuevos, mesas de cristal para los preparados, globos de dos mil bombillas con luz reflectante, focos y estantes para el museo.

Pérsikov revivió y todo el mundo lo supo de pronto, cuando en diciembre de 1926 vio la luz este opúsculo: «Más sobre la cuestión de la reproducción de los poliplacóforos o quitones». 126 páginas. *Izvestia* de la Universidad n.º 4.

Y en otoño de 1927, un trabajo capital en trescientas cincuenta páginas traducido a seis lenguas, incluido el japonés: *Embriología de pipa, pelobates y ranas*. Precio: 3 rublos. Editorial Estatal.

Pero en el verano del año 1928 sucedió algo increíble, terrible...